

Discurso pronunciado en las Escuelas de Temporada de la Universidad de Chile, al clausurarse en Valparaíso la Escuela de Verano, el día 4 de Febrero de 1950, por el Prof. Guillermo Feliú Cruz

Señoras y señores:

Hemos llegado al término de la jornada que nos propusimos emprender este año en la Escuela de Verano de la Universidad de Chile, en esta ciudad de Valparaíso, y nos parece oportuno en esta ocasión, al clausurar los Cursos de la Escuela, recoger las observaciones que el trabajo nos ha sugerido.

Trabajo hemos dicho. Pero, ¿puede llamarse tal lo que aquí hemos desarrollado? Si las condiciones de todas las faenas importan un sacrificio y significan un esfuerzo de cansancio, un desgaste de las energías corporales y de las inteligencias, las nuestras —las faenas que nos impuso la cátedra y el trabajo a que nos obligó la enseñanza— benditas han sido por las alegrías íntimas que nos depararon las circunstancias del medio en que hemos debido desenvolver nuestras tareas.

Ambiente de paz y de belleza. Imagen de viejos claustros señoreados de diáfana modernidad en las líneas de una severa arquitectura. Retiro espiritual en que la pupila adivinó luces de ensueño. Rumor de inquietudes en las almas mozas. Paisajes incomparables que alumbraron tibios soles y dibujaron formas caprichosas en la fantasía de la naturaleza.

Días y noches serenas. Convivencia cordial con profesores de exquisitas bondades morales y de inteligencias selectas. Sonrisas juveniles en un alumnado que animó la tarea con fresca encantadora y que, en común esfuerzo, hizo prosperar la jornada. Nobleza, dignidad.

Así hemos vivido en este magnífico hogar de la Universidad Santa María, que llena y sobrepasa las exigencias más estrictas de la vida universitaria moderna. Por ello agradecemos los servicios que nos han prestado en estos días de residencia inolvidable en esta casa, las gentilezas de su Rector don Francisco Cereceda, de su Jefe Administrativo don Luis Tirapegui y de cuantos nos han atendido con singular distinción.

Hemos sido dirigidos, llevados sin sentir, en el desarrollo de nuestros progra-

mas por la dirección eficiente, altamente eficiente de Matilde Huici y de Graciela Lacoste. A ellas nuestros agradecimientos desde el fondo de nuestros corazones.

Nuestros alumnos y alumnas nos han conducido a las salas de nuestras cátedras guiados por una fuerza misteriosa, que mapaba de su entusiasmo creador y fecundo.

No sabemos los profesores si les hemos entregado a nuestros alumnos todo lo que nuestra voluntad hubiera podido para satisfacer siquiera, en parte, lo que exigían de nosotros. A ellos corresponde pronunciar el fallo infalible sobre el éxito de la enseñanza impartida, de acuerdo con esa tremenda verdad que establece que el mejor juicio sobre la eficiencia de un profesor, es el que forman sus discípulos, en la íntima comunión de sus espíritus. Nosotros podemos decir que al contacto con la juventud, al mirar la alegría de sus rostros juveniles, la nobleza de sus almas, el espíritu zahorí que los animaba, pusieron en nuestras voluntades seducciones de entusiasmo y propósitos de lograr lo que un tiempo tan mezquino nos dejaba para sembrar.

¿Los frutos han madurado en la correspondencia de afanes idénticos, de parte de una dirección inteligente, de un profesorado capaz y diestro y de un alumnado que demostró, desde un principio, afán, contracción y constancia de aprehender lo poco que ese profesorado podía dar?

El balance, así, exteriormente, nos parece favorable para los profesores, en cuyo nombre hablo por acuerdo de la Dirección de la Escuela.

El honor que se me ha concedido me va a permitir estudiar someramente ese balance.

Ha funcionado la Escuela de Verano de Valparaíso con una matrícula de 844 alumnos. Entre paréntesis: como dato ilustrativo y de comparación, acaso sea conveniente destacar que la Escuela de Santiago contó con 1.900 alumnos y la de Temuco con 800. Pues bien, los 844

alumnos de la Escuela de Valparaíso, se han repartido en 55 cursos, que han contado con una asistencia media de 25. Estos cursos han sido servidos por 36 profesores de todas las especialidades que congrega el Alma Mater de la Universidad de Chile.

Este término "especialidades que consagra el Alma Mater de la Universidad", requiere una explicación que, aun cuando pueda parecer de más, e innecesaria cuando se atiende a su correcto sentido, es preciso acentuarlo, por la modernidad que envuelve en el nuevo y amplio concepto de la vida universitaria. Ese concepto se inspira en las posibilidades de dar al individuo, como entidad de un grupo social, una formación básica para sortear y afrontar los problemas que le depara la vida.

Las Escuelas de Temporada tienen esa finalidad, y sus programas recogen la mayor parte de esos problemas que se refieren, por ejemplo, a los de la "educación física", y a los que en ellos inciden, como son los llamados "ramos técnicos" considerándolos en el mismo nivel de trascendencia los puramente intelectuales, tomados, hasta ahora, como superiores.

Un hecho decisivo nos está indicando que la Universidad ha recogido una aspiración que hasta ayer no fué englobada en la órbita de su tarea. La fluencia de alumnos a estos cursos nos manifiesta, como una respuesta, que era imperioso orientar esas aspiraciones, no sólo desde el punto de vista comercial de posibles fuentes de ingresos en lo que se refiere a los "ramos técnicos", sino como una medida espiritual de "conocer como se hace" la evolución adulta constructiva del infantil en el afán destructor de las cosas", "para saber lo que tienen por dentro", según la expresión de la educadora Matilde Huici.

Dentro de la clasificación que la Dirección de las Escuelas de Temporada ha dado a las Cátedras, ellas pueden agruparse en tres secciones. Una, corresponde a los Cursos de Iniciación y de Recuperación; otra, a los de Cultura General de Tipo Medio y Superior; y una tercera, a los Cursos de Tipo Técnico Práctico y de Orientación Doméstico-Industrial, si se me permite la expresión.

El tiempo en que la Escuela ha desarrollado sus tareas, ¿ha sido suficiente para concluir debidamente el programa que se propusieron sus profesores? Creemos que no. Para no malograr el éxito de una enseñanza que ha demos-

trado contar con el interés apasionante de los alumnos en ciertos cursos y especialidades técnicas, nos parece que ellos deben prolongarse o por dos semanas más o por ciclos sucesivos de uno o dos años, en una continuidad escalonada en cada Escuela de Temporada.

Volvamos la vista a los resultados prácticos y objetivos. Hemos llegado a comprender que las Escuelas de Temporada podrían reemplazar, por el medio insinuado, dentro de una reglamentación adecuada, la obtención de un título profesional para aquellos que, por las obligaciones que les impone la vida, sólo pueden concurrir a nuestras escuelas en determinadas épocas del año. De realizarse el proyecto en cuestión, cumplimos la finalidad social que se ha impuesto la Universidad, de llegar a satisfacer anhelos de perfeccionamiento profesional en quienes no tienen otra ocasión de hacerlo.

Yo he descubierto personalmente un mundo nuevo, insospechado, en los resultados prácticos de los cursos técnicos. Mi admiración ha sobrepasado cuanto pude imaginar con lo que he observado en las exposiciones que se han abierto a la admiración de un público ilustrado, capaz de deducir de lo que allí se ha exhibido, consecuencias positivas para la enseñanza en la Escuela de Primeras Letras, en la de Segunda Enseñanza y para la formación de una industria sencilla en el país, capaz de rendir a la economía nacional un rubro fuerte de entradas para ampliarla.

Al contemplar la calidad del material empleado en el trabajo técnico de la juguetería y de la decoración, tan despreciable y sin valor alguno para él que no tenga una imaginación creadora; al verlo ennoblecerse en las manos divinas de ángeles que supiero darle la forma de belleza, ritmo de líneas, cadencia de movimientos e interpretaciones de un sentido artístico perfecto, os lo confieso, señores, con emoción de chileno y de patriota, he visto en ese arte trabajado con el desecho de lo menospreciado, de lo inútil y miserable, una industria, que es arte, que es alegría, una faena que hace al orfebre, y que llevará paz espiritual a las almas en los hogares en que la existencia económica es un infierno y una lápida de maldición.

¡Pensad, señores, en el alcance de la transformación social de una familia en

que el hogar se agrupe, como en otro tiempo lo hacían los orfebres, para embellecer la vida en un trabajo digno y con el cual la paz y la tranquilidad económica se alcanzaron del esfuerzo que transformó elementos ruines en creaciones de belleza y que hicieron para el país una industria rica y floreciente! ¡Ahí tenéis una de las formas de salvar la miseria ambiente!

Si de estas Escuelas de Temporada surgieran de sus enseñanzas esas industrias para el tipo desvalido de la vida social chilena, la gratitud de nuestros conciudadanos no se cansaría de bendecir la obra de la Universidad de Chile. Ayudar, propender al desarrollo de esas formas del trabajo, es ya un deber que se nos impone perentoriamente.

Lo que se ha exhibido en esas exposiciones, es la obra llevada a cabo en menos de cuatro semanas. Si ha resultado perfecta en una virtual improvisación, ¿podéis calcular a qué grado lo llevaría el esfuerzo de las inteligencias y capacidades plasmables de las alumnas? Ahí está lo insospechado.

Dentro de este plano, y en la misma categoría de importancia, no sería posible silenciar en énfasis que las Escuelas de Temporada han dado a la educación física. Y por lo que respecta a la Escuela de Verano de Valparaíso, los alumnos han concurrido en un número realmente superior. Se ha producido algo que puede considerarse simbólico, según la aguda expresión de una maestra. "No es ha dicho un grupo de alumnos el que asiste a los cursos llamados "intelectuales" y otro distinto el que acude a los cursos "técnicos", sino que ha habido casos de jóvenes matriculados, por ejemplo en "metafísica" y "natación", en "psicología" y "fabricación de guantes y carteras", en trabajos manuales para el escolar y en "evolución institucional de Chile", o en otras análogas combinaciones de cursos, que hasta hace poco habrían parecido incongruentes y aún disonantes y de mal tono". Pero todo eso revela para el observador de la transformación moral y social a que asistimos, a una síntesis armónica de la nueva personalidad del hombre en afloración, y que impone la vida con las exigencias heterogéneas e inverosímiles.

Lo que esa actitud representa no es otra cosa que la de dar satisfacción al espíritu, por una parte, y, por otra, la de hacerse útil en la vida para valerse,

en estos dos planos, por sí mismo y prolongarse en una actividad social de interés a la comunidad. Es, por último, la respuesta humana individual que repudia en la existencia el monocultivo, lo mismo que se ha desechado en la economía de los pueblos modernos.

En este camino se han orientado también "las industrias menores", tales como la sericultura que, mediante el apoyo de la Municipalidad de Valparaíso, la Escuela contó con un buen número de alumnos para ensanchar el campo de una riqueza todavía virgen; de otras, como la cunicultura, la avicultura, horticultura, que tuvieron, lo mismo que los Cursos de Economía Doméstica, un número sorprendente de alumnos, hecho singular que vuelve a indicarnos otra vez la respuesta humana individual, que repudia en la vida el monocultivo.

Una ávida curiosidad intelectual femenina ha descollado en esta Escuela de Verano de Valparaíso, que se ha repartido en los diversos cursos de tipo de iniciación o de tipo medio y superior. No nos extraña a los chilenos esta presencia, en donde nuestra mujer ha demostrado siempre interés por la cultura, y ha llenado nuestras aulas. Pero anotemos el hecho del número creciente, esta vez, de mujeres de los diversos países hispanoamericanos que han concurrido aquí en Valparaíso, como en Santiago y Temuco, a la Escuela de Verano.

¿Hacia dónde han orientado esas inquietudes intelectuales? Precisamente a los cursos que tocan con los asuntos del magisterio. O son ellas futuras maestras o son maestras que han llegado hasta aquí en busca de perfeccionamiento para la carrera más noble que pueda elegir el individuo consciente de sus responsabilidades sociales. Dirigidos esos cursos por maestros y maestras esclarecidos, los alumnos han rebasado más allá de lo conveniente las matrículas y de aquí surge la necesidad para estos casos de establecer asignaturas paralelas, con un programa semejante, idéntico, a fin de dar holgura a la enseñanza, hacerla ésta menos discursiva o académica, y enfilarla hacia los seminarios de investigación, y procurar un mayor contacto entre el profesor y el alumno. Ese contacto es el que establece la sugerencia de ideas y los puntos diversos que enfocan un problema, desbastándolo en sus complejidades. La duración de los cursos, en este caso, co-

mo en el anterior de los técnicos, requiere una prolongación. La Dirección de la Escuela de Temporada afrontará, sin duda, este punto de vista.

Debo, señores, para terminar, ofrecer a nuestros colegas extranjeros los agradecimientos por la cooperación que nos han prestado en el trabajo que juntos hemos realizado. Esa cooperación ha sido leal, sincera e inteligente, y nos ha permitido anudar relaciones espirituales que no se olvidarán en el afianzamiento de la unidad cultural de nuestros pueblos hermanos.

A los alumnos y alumnas hispanoamericanos, sólo nos resta decirles que, si vemos con pena su alejamiento, sentimos que en cada uno de ellos, con ellos se va algo de lo nuestro y esto nos alienta, porque sabemos serán los heraldos de la hermandad hispanoamericana.

Al clausurarse los Cursos de Verano les decimos los Profesores a todos, a los alumnos, a los directores y a los amigos: ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

He dicho.

G. F. C.